

Los maridos de mi madre

Joel Flores



LOS MARIDOS DE MI MA- DRE

JOEL FLORES

**PARAÍSO
PERDIDO
EDITORIAL**

©2018 Joel Flores

©2018 Editorial y Servicios Editoriales
Paraíso Perdido S de RL de CV
Avenida Arcos 347-2
Guadalajara|México|44130
hola@editorialparaisoperdido.com

PRIMERA EDICIÓN, AGOSTO 2018

CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA

typotaller

IMAGEN DE PORTADA

©Enrique Larios

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Antonio Marts /

typotaller

ISBN

978-607-8646-06-7

«Este libro se realizó con apoyo
del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

a través del Programa de Fomento
a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017».

Se autoriza la reproducción de este libro
total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro,
siempre y cuando sea para USO PERSONAL y SIN FINES
DE LUCRO
y citando al AUTOR y a la EDITORIAL.

IMPRESO Y EDITADO EN MÉXICO

Para Flor Cervantes, por hacerme su marido

Antes de rezarle a Dios
le rezaba a mi madre.

RAFAEL GUMUCIO.

Mi madre me llevaba diciendo que podría ser lo que quisiera, y yo tomé eso como si significara que, a pesar de una falta absoluta de pruebas al respecto, estaba dotado para lo que fuese.

RICHARD RUSSO.

Mi mamá es mi lenguaje
y mi papá el diccionario de mi barrio.

POETA DEL BARRIO

EL AMOR DURA

Aún no sé decir si era rubia, castaña o pelirroja, solo sé que su voz, en medio de un salón lleno de estudiantes de nuevo ingreso, se impuso entre todos preguntándome si ya había leído *The savage detectives* de Roberto Bolaño. Lo dijo retándome con un inglés recién desempacado de Nueva York, porque a lo poco me confesaría que vivió como modelo en la Gran Manzana y que volvió a Tijuana antes de hacerse vieja para las reglas de la pasarela y para retomar sus estudios de ingeniería industrial. Pero esta historia no es sobre ella o no es exactamente sobre ella. Al principio no supe de dónde provenía su voz. Como en todo inicio de semestre, yo estaba apuntando mi nombre en el pintarrón, el de mi materia y escribía un epígrafe de David Lodge sobre la retórica en la narrativa. Sorprendido, giré mi cuerpo para mirar a la veintena de alumnos desiguales, desconocidos y algunos repetidores del curso que abrían y cerraban los ojos como si se encontraran en el lugar incorrecto, pues en esa escuela privada, dirigida por los empresarios pudientes y rancheros de la región, era complicado hallar a un lector interesado, mejor dicho, era imposible tener cualquier tipo de lector. Lo que hacía en mis clases era enseñarles a leer uno que otro libro que aprovechaban solo para acreditar mi materia. Aquella institución educativa se empeñaba a ver la literatura como una actividad pasajera, de relleno, un *hobby* que para nada convertiría en líderes innovadores a los futuros empresarios de la península norteña.

Al mirarla en medio de dos muchachitas escuetas, le respondí que sí. *Los detectives salvajes* era uno de mis libros favoritos, aunque se haya convertido en una especie

de *trending topic*, una novela más que cualquiera lee por asunto modal, porque hasta las revistas *chic* la recomendaban, y la *chaviza*, que de un momento a otro se le dio por autonombrarse hípster, imitaba la vida del autor chileno, su estilo de escritura, sus lecturas, su rebeldía y hasta buscaba recorrer el mismo camino de Ciudad de México al desierto de Sonora que el poeta García Madero recorrió para buscar a Cesárea Tinajero. Claro que no le dije todo eso a quien después se me quedó mirando como si midiera mis conocimientos. Mi permanencia en esa escuela construida por la doble moral de la clase alta bajacaliforniana me había enseñado que, si quería conservar mi empleo como profe de asignatura, debía comportarme como el maestro modelo, comprensivo, capaz de enseñar lo valiosa que es la narrativa a jóvenes con afinidades malversadas por autores de pluma mediocre, como Paulo Coelho, John Green o Stephenie Meyer.

Entonces respondí con cumplidos a la obra de Bolaño y dediqué, una vez que la miré entera, rubia, pelirroja, castaña, no recuerdo, casi toda mi clase a hablar de aquella novela, de sus personajes salidos de una época en que Octavio Paz era el capo de la cultura en México; del desarraigo como una búsqueda por alcanzar la literatura universal; de los infrarrealistas como una pandilla que amaba la poesía sobre todas las cosas, al igual que odiaba las instituciones, los círculos literarios viciados y la ridícula superioridad de los escritores consagrados frente a los de menor mérito literario en la escala zoológica de las letras mexicanas. Luego desarticulé la estructura de *Los detectives...*, dibujé una línea en el pintarrón dividida por un círculo en medio y tracé en ese círculo una cuadriculada red de historias para explicar que la línea era el viaje del poeta García Madero y la red era la trama de acontecimientos, chismes de escritores y editores conocidos y desconocidos de Iberoamérica cercanos a los infrarrealistas.

El autor intentaba reflejar una época, precisé buscando impresionar a la alumna, en ese momento desconocida, y

suspender la trama de la novela para retardar el efecto final del viaje de García Madero, un viaje donde el héroe joven busca su identidad, la madurez y su patria. Me alargué en más explicaciones que no tiene tanto caso añadir aquí. Ese choro mareador me ayudó a que los alumnos no bostezaran y a que ella no dudara de mí. En cuanto sonrió, entendí que yo había superado la prueba: no solo la habían satisfecho mis conocimientos escolares, no había retirado ni un segundo su mirada de mí y sus párpados se abrían y cerraban para que sus labios ofrecieran una sonrisa humedecida. Entonces olí el peligro: ¿a qué maestro joven, viejo, estrenado o sin estrenar no le gusta ser el centro de atención de unas niñas de ojos grandes, de piernas largas, de cuello fino, de piel blanca como la leche y de cabellos perfumados? La luz roja del peligro se había encendido. Por primera vez me sentí cómodo y necesario en aquella universidad patito, donde usaban a la literatura como pretexto para justificar que eran un campus humanista.

Me llamo Claudia Salcedo, se acercó a mi escritorio al terminar la clase.

Ya había escuchado ese apellido, pero no me interesó dónde. Me interesó su altura: me sacaba quizá diez centímetros, era delgada, de rostro blanco, no pálido, de pómulos pequeños y definidos, de nariz recta, no exagerada, de ojos grandes y oscuros, de labios minúsculos pero curvilíneos.

Perdón por haberle hablado así de golpeado al inicio, ya ve cómo somos las norteñas.

Háblame de tú, la interrumpí sin dejar de mirarla; me pareció hermosa, me sorprendía su interés por mi clase, es decir, por mí. Siempre era así conmigo: Marcela, mi pareja de entonces, quizá el motivo de esta historia, decía que mi debilidad son las personas que leen o que presumen ser leídas. Ves en ellas lo que crees ver en ti: amor por los libros, por tus autores, esos nombres raros que ni tú sabes pronunciar, aunque al hablar con ellas descubras, desilusionado, que nada más los pasean y usan como un bonito de-

corado entre sus uñas, su ropa y su sonrisa. Pero con Claudia no iba a ser así y me atreví a suponerlo por lo que me dijo a continuación.

Me gustó mucho tu clase. Seguro has leído a Luis Humberto Urrea.

No, respondí. ¿Quién es?, ¿me lo recomiendas?

Si gustas, te presto *Into the beautiful north*, es el que más me latió y pues si Bolaño es tu *hit*, también te va a agradar Urrea.

Bolaño no era mi *hit*, quizá lo fue, pero tampoco era un libro al que pensara poner en un altar. En lugar de decirle eso, le respondí que los libros no se prestan. Qué tal que se me pierde o no te lo regreso, ¿no te preocupa?

No tienes cara de ladrón, sonrió como para apaciguarme. Préstame uno como garantía. Así, si no vuelve, estamos a mano.

Pues me agrada la idea, respondí sin medir las consecuencias de ese intercambio. ¿La próxima clase está bien?, le propuse pasando la correa del maletín por mi hombro para darme la vuelta y salir del salón.

Es un trato, me dio la mano como si firmáramos el compromiso.

El primero de muchos, añadí para no soltar la suya.

Como buenos amigos lectores, finalizó.

Durante la tarde, en lugar de buscar en mi biblioteca el libro que podría prestarle, escribí su nombre en Facebook y Twitter, algo que jamás había hecho durante mis pocos años como maestro. En mi rastreo por Google encontré en algunas páginas *chic* que era modelo y que salía en un par de revistas de moda sobre ropa y consejos de belleza publicadas en Nueva York. Luego hallé fotos suyas en lencería, vestido de novia y demás vestuario de diseñador. Recuerdo que las miré una y otra vez como si pretendiera aprenderme sus facciones, su sonrisa, su perfil, su bronceado y su postura en cada encuadre. De pronto llamaron a mi puerta. Había quedado de verme con Mauricio, un vecino

que siempre organizaba fiestas en su departamento y trabajaba (aunque esto jamás lo creí porque nunca lo vi salir a trabajar) como contratista para una empresa en San Diego. Éramos de la edad y nos hicimos amigos desde que me mudé a ese edificio en la calle Misión de Mulegé. Todavía sin conocerme, Mauricio me ayudó a subir mis pocos muebles al departamento y hasta me pasó la luz cuando aún la comisión no la conectaba y en varias ocasiones me permitió bañarme en su regadera las veces que llegaron a cortarme el suministro de gas por tubería. Habíamos quedado de jugar Playstation, como lo hacíamos todos los jueves, día en que Marcela se quedaba hasta tarde en la oficina o me cancelaba por sus tantos pendientes en el trabajo.

Al entrar a la sala, Mauricio descubrió en la computadora las fotos de Claudia en traje de baño y se sentó en mi silla para decir ay mamita, con que andas viendo viejas encueradas.

Es una alumna, lo corregí y me arrepentí de no haber cerrado la computadora.

Pues está bien rica, añadió. ¿Y tiene novio?

No sé. Empecé a ver sus fotos porque me llamó la atención en clase: le gusta la literatura, dije como si me excusara frente a mi hermano mayor tras haberme descubierto viendo pornografía.

Entonces es un combo para ti: rica, modelo y lee. Nada más falta que te pele.

Puede ser, le dije cerrando la computadora, ¿un *Mortal* o le sacas?

De un tiempo a esa fecha, jugábamos videojuegos como para no olvidar que alguna vez fuimos más jóvenes y sin responsabilidades que nos quitaran el sueño y nos provocaran la caída del cabello. Mauricio me miró como si le hubiera quedado a deber dinero. Nos sentamos en el sofá y, mientras peleamos en el *Mortal Kombat*, me preguntó más sobre Claudia.

Si un bombón así te tirara los perros, Sami, ¿le atorabas o le dirías «nel pastel»?

No jodas, estoy con Marcela. Sabes que dentro de nada nos vamos a casar.

Nosasmamón. ¿Entonces va en serio lo de la boda?

Siempre hemos ido en serio.

Con Marcela llevaba un año de noviazgo. La conocí gracias a una amiga de una amiga, en un bar de la Plaza Fiesta, las fechas en que a Tijuana había regresado la tranquilidad y uno podía beber hasta la madrugada sin temor a ser víctima de un secuestro o una balacera. Era blanca, de cabello negro, tenía pecas debajo de los ojos y la nariz; era pequeñita y flaca, de hombros enjutos y senos diminutos pero de culo respingado. Encariñarse de ella no iba a ser complicado. En nuestros primeros meses de relación, incluso durante el año y días, por más que le dijera una estupidez o buscara hacerla enojar (y vaya que eso se me daba muy bien), Marcela siempre sonreía como si me disculpara de algo, y ese gesto bastaba para entender que discutir era una bobada, así fuera por algo grave o complicado. Vivía en Playas de Tijuana, a veintitantos minutos de retirado de mi departamento. La noche que nos presentaron comenzamos a hablar de música porque en el Sótano Suizo se escuchaba Beck. Y, cada vez más separados de los otros, ella decía que ya nada se hacía como antes, es decir, que las bandas del momento eran *del momento*: no había ni un grupo cuya música te reventara la cabeza, el corazón y uno pudiera convertir, al menos una rola, en un himno de batalla en los mejores y peores días. Lo mismo pasa con las relaciones de amor, me dijo, duran lo que la calentura: ya nadie se quiere comprometer; ya nada es duradero. Los de nuestra edad le tienen miedo a las relaciones a largo plazo, creen que si una mujer ofrece ciertos años de su vida a una relación, está completamente obligada a casarse o de lo contrario es una quedada. Todo lo bueno sucedió ayer y más allá de ayer. ¿Me explico?

Claro que se explicaba o eso creí entonces. Ella quería una relación duradera pero sin compromisos, o quería una relación sin compromisos pero que, si duraba lo necesario,

ese lapso podría invitarnos a la negociación del compromiso. Teníamos 26 o 27 años. Frente a nosotros estaba la frontera de la adolescencia tardía y la adultez y nos negábamos a cruzarla. No queríamos casarnos pero sí amar y que nos amaran con toda la sangre y las hormonas. Marcela me agarró de la mano o fui yo, no lo recuerdo. Habíamos bebido sin prevenir las consecuencias y la música sonaba en nuestro pecho como un corazón acelerado. Luego me preguntó que si vivía lejos y le respondí que no. Pensé que me lo preguntaba por cordialidad, para darme un aventón y después desafanarse. Pero me propuso que la invitara a mi casa y nuestra plática se movió al sofá de mi departamento. Esa noche, tras beber un par de cervezas y escuchar en el mismo celular a UNKLE, lo hicimos a oscuras en la sala, pues me habían cortado la luz. Despistado como era, pagué el recibo del vecino en vez del mío y el hombre apenas había saldado mi deuda. No hubo muchas palabras. No recuerdo si ella me desabotonó primero la camisa o yo empecé a jugar con el cierre de su blusa. En el centro de una habitación desordenada me acarició el rostro y acaricé el suyo. Nos besamos. Marcela tenía los labios fríos al igual que la punta de su nariz, la de los dedos y las de sus pezones. Bebimos mucho, sí, pero el alcohol en nuestras venas no entorpeció nuestro intercambio de cariño ni el deseo mutuo. Cuando acabamos, no hubo pregunta de si me gustaría andar con ella, tampoco la negociación del amigo con derechos o el piquete o pica hielo. Solo me pidió que no lo hiciera con otra chava mientras estuviéramos juntos.

Sí, cabrón, entiende, ya te había dicho que vamos en serio, le respondí a Mauricio y ejecuté un combo de golpes en el mando para aniquilar a su Noob. Sin embargo, la palabra «en serio» me pareció débil y hasta falsa por los problemas que se vinieron después en nuestra relación.

¡Bah!, ¡yo que sé!, respondió Mauricio. Te daré la revancha con Liu Kang en lo que te convenzo. A mí eso del matrimonio me parece de otra época y esa Marcela, ¿cómo decirte? ¿Hace cuánto que no se ven? Desde hace semanas

me llamas más que una novia celosa porque te dejó plantado y, cuando se ven, regresas renegando porque tienen muchos problemas.

Después de aquella noche, Marcela y yo comenzamos a hacerlo en su casa. Aunque era una fanática del *rock* y le gustaba el arte, trabajaba, paradójicamente, en el gobierno como relacionista pública. A veces ayudaba a planear ciertas campañas publicitarias que fabricaban la imagen simpática y altruista del gobernador. Aunque el gobernador fuera un corrupatazo que estaba construyéndose su casa en Coronado con el erario público. Marcela percibía buen sueldo, conducía un carro último modelo; cualquiera pudo haber notado que solamente esperaba al indicado para casarse. Su lema era que ella no había nacido para la política, pero si algo o alguien la puso allí, debía hacer las cosas perfectamente, aunque su partido político no lo mereciera. La primera vez que lo hicimos en su cama, fue después de haberme presentado a su mamá, una anciana fufurufa de joyas en el cuello y peinado de salón. Me la presentó en la sala de su casa y nos la pasamos platicando hasta la medianoche. La mujer, al haberme ganado su confianza con mi puro silencio y mi mirada de pendejo, me habló de su juventud en Tijuana, de los negocios de su finado esposo (un empresario que se había apropiado de unos terrenos cerca del Hipódromo, que después revendió a precios exagerados), de amistades y de apellidos pudientes que yo alguna vez escuché o no había oído jamás. Eran otros tiempos, decía la doña en tono ceremonioso, no había tanto foráneo contaminando la ciudad, ni quitándonos nuestro espacio ni nuestros empleos ni a nuestras hijas. ¿Es usted de aquí?, me preguntó. Y le mentí diciendo que sí. Mucho mejor, finalizó, yo detecto a más de tres metros de distancia a un foráneo, más si es de Culiacán. Esos, aunque quieran engañarnos, con su pura mirada les sale lo vulgares. A ver, añadió acercándoseme más, míreme fijamente. Apenas iba hacerlo, pero Marcela gritó ¡mamá, cómo eres!, y la señora bostezó y dijo que se iría a dormir. Por respeto, respondí que yo ha-

ría lo mismo. Si pasaba más minutos frente a ella, mi relación con su hija habría acabado más mal de lo que acabó. En la puerta principal, Marcela me pidió al oído que la esperara una calle abajo. La obedecí. Luego de unos minutos, abrió esa misma puerta, sacó su mano y la ondeó como la bandera de la victoria. Me acerqué, me besó como si tuviéramos tiempo sin vernos y me introdujo de nuevo al interior de la sala. A oscuras y sin hacer ruido caminamos a su cuarto. En su cama tuve que aguantarme los estornudos, tenía dos gatos que a veces dormían con ella y otras cerca de la ventana. Esa noche fue la primera de muchas en la que cogería atiborrado de antihistamínicos que me adormecían y que retardaban mi orgasmo. Aún recuerdo a Marcela desnuda encima de mí, poniendo con sus labios Sensibit en los míos como el inicio de un ritual. Tirábamos toda la madrugada, a veces con el ruido de los automóviles, a veces con los ronquidos de su mamá en el cuarto de enfrente, a veces con los audífonos puestos, escuchando a Kashmir o el *OK Computer*. Habíamos hecho de «Rocket brothers» y «Karma police» nuestros himnos de relación. Por las mañanas, antes de que despertara su mamá, Marcela me pagaba un taxi rumbo al departamento, así como llegó a pagar los paquetes de condones, las pruebas de embarazo cuando se le atrasaba la regla o las cenas con los amigos de su trabajo. En casa yo me bañaba rápido y me iba a impartir clases con las piernas temblando y la cabeza nublada. Las noches sin dormir y los antihistamínicos me hicieron bajar cerca de cuatro kilos. Perdí peso a cambio de los orgasmos más entrañables de aquella época. Todavía recuerdo a Marcela cuando terminaba arriba de mí, esa espalda delgada y llena de pecas arqueándose como si un espíritu le saliera de la boca, para darle oportunidad de suspirar, rendir su cabeza en mi pecho, cerrar los ojos y besar mi cuello. Recuerdo sus manos apretando mis brazos y sus empeines encima de mis rodillas. Pero también recuerdo la historia de la revancha de su gato: una mañana, en la que pensamos que su mamá nos había descubierto, me levanté de golpe de la cama, me vestí, busqué mi tenis debajo del sillón y, al acercar mi